

História Unisinos

E-ISSN: 2236-1782

efleck@unisinos.br

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

Brasil

Vitar, Beatriz

El tránsito que no cesa... para ser andando. Sobre migraciones, exilios y vida académica

História Unisinos, vol. 13, núm. 2, mayo-agosto, 2009, pp. 109-123

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

São Leopoldo, Brasil

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=579866833009>

# El tránsito *que no cesa...* para ser *andando*<sup>1</sup>. Sobre migraciones, exilios y vida académica

The *never ending* transit... to *be going*. On migrations, exiles and academic life

Beatriz Vitar<sup>2</sup>  
mvitar@us.es

---

**Resumen.** En este artículo la autora narra las particularidades de su trayectoria académica en Argentina y España. El artículo destaca la importancia de su emigración en 1979 y la incidencia de elecciones personales y factores externos en la conformación de su identidad profesional.

**Palabras clave:** migración, exilio, vida académica, identidad profesional.

**Abstract.** In this article the author narrates the particularities of her academic career in Argentina and Spain. The article focuses on the importance of emigration in 1979 and the impact of personal choices and external factors in shaping their professional identity.

**Key words:** migration, exile, academic, professional identity.

---

*A Victoria Márquez, por la amistad que nació en Sevilla hace treinta años.*

No es usual, dentro de la comunidad académica, que se convoque a algunos de sus miembros – como en ocasión de esta edición monográfica – a exponer las vivencias de su propia situación de migración y/o exilio. Felicito a los autores de la iniciativa, que juzgo ha de ser fructífera en orden a compartir una experiencia cuya gravitación en lo personal y profesional es incuestionable, y a propiciar - sería lo deseable - un debate futuro en torno a problemas que hoy nos conciernen a todos, a la vista no sólo de procesos históricos sino también del fenómeno de la movilidad global en la actualidad, con un claro impacto en la conformación de identidades individuales y colectivas.

En mi caso, migración y exilio son dos procesos que, dejando aparte otras connotaciones, están íntimamente ligados a lo que fue y es mi trayectoria académico-profesional. En una relación de interdependencia, a los desplazamientos geográficos y otros simbólicos impuestos por el propio currículum vital sucedieron las “migraciones” de un “territorio” a otro en lo que a ámbitos profesionales y líneas de investigación se refiere, al mismo tiempo que esta movilidad generó cambios

<sup>1</sup> Con las paráfrasis de este título, conjugo las palabras de un poeta español y las de un pedagogo brasileño: aludo, por una parte, a “El rayo que no cesa”, con las que Miguel Hernández titulara un conjunto de poemas escritos entre 1934 y 1935 (Hernández, 1977, p. 45) y, por otra, a la frase de Paulo Freire “somos andando”. Agradezco a la amiga y colega M. Dolores Pérez Murillo, profesora de la Universidad de Cádiz y estudiosa de las migraciones, el tener siempre presente este conocida sentencia freiriana.

<sup>2</sup> Doctora en Historia de América. Universidad de Sevilla.

espaciales, en ocasiones en un radio de amplio alcance. A través de estas páginas intentaré exponer cómo fue operando ese mecanismo de retroalimentación – valga la expresión – por el que se ha ido delineando y re-inventando mi identidad, tanto desde el punto de vista personal como profesional. En ese tránsito de ya muchos años, ha sido crucial, claro está, el conocimiento de personas con las que anudé vínculos profesionales y/o amistosos, aun cuando no las cite aquí de modo expreso; en suma, “somos andando” en ese hacer camino interactuando con otros.

Hace ya más de una década, en colaboración con un colega, publicamos la traducción al español de un artículo de Thierry Saignes (Vitar y del Pino Díaz, 1995). Se trataba de unas notas póstumas (Saignes, 1992) de aquel amigo y compañero de fatigas con el que coincidimos en viejas fronteras, siguiendo las huellas de los guerreros chiriguanos y chaqueños. Aunque éramos originarios de diferentes orillas – él europeo, yo americana – compartíamos un dilema existencial, consecuencia de ese continuo andar oscilando entre dos mundos, en un rumbo cargado de dudas sobre “dónde echar el ancla”, como solía decir: él se debatía entre Francia y Bolivia (un país al que dedicó toda su investigación etnohistórica), yo entre España y Argentina. Premonitoriamente, en una última postal suya que recibí a fines de 1991 – pocos meses antes de su muerte, ocurrida en el verano del 1992 –, concluía, al modo de Kavafis (1985, p. 46-47) en su memorable poesía “Itaca”, que tal vez el sentido de esa nuestra vida itinerante estuviese en el propio recorrido más que en el punto de llegada.

Aquellas notas de Saignes (1992) me habían resultado especialmente esclarecedoras en cuanto a lo que nos compete como historiadores: meditar sobre las situaciones y motivos profundos que nos inclinaron hacia una profesión y determinados campos de investigación. En 1998, al concursar para una plaza de investigadora del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en la ciudad en que resido ahora (Sevilla), tracé mi currículo como un “ensayo ego-histórico” al estilo del realizado por Saignes, no sin provocar cierta perplejidad entre los miembros del tribunal ante el que me examiné. ¿Qué otra cosa hacer?, había pensado antes de preparar este ejercicio<sup>3</sup>, cuando el hecho de haber emigrado de Argentina en 1979 había marcado, significativamente, un antes y un después en el itinerario curricular. Practicar un auto-análisis me pareció valedero como hilo conductor para presentar mi trayectoria y más ameno que la fría enumeración de fechas y actividades. Parafraseando el título de la obra de

Pablo Neruda (1994), un *confesar que he vivido* me ayudó a explicar lo que a simple vista resultaba una travesía curricular con vueltas y revueltas o desvíos temáticos: en gran medida, el curso de la vida me había inducido a tomar determinadas sendas en lo relativo al ámbito ocupacional, actividades profesionales y líneas de investigación. La distancia temporal y espacial desde la que reconstruí ese recorrido hasta la fecha del referido concurso, me allanó la tarea de poner en claro los factores determinantes de mi trayectoria académica, antes y después de ese gran salto oceánico que me llevó a instalarme en Europa<sup>4</sup>.

## Argentina, años 1970

Mi dedicación a la investigación comenzó en 1974, mientras cursaba el último año del Profesorado en Historia (previa “mudanza” de la carrera de Filología Francesa) en la Universidad Nacional de Tucumán (provincia del noroeste de Argentina). A pesar de haber escogido la especialización didáctica<sup>5</sup>, desde aquel año y más decididamente a partir de mi graduación en 1975, intenté compaginar la enseñanza (alternada entre la esfera universitaria y secundaria) con investigaciones en historia argentina general e historia de Tucumán en particular. El primer campo de estudio constituyó el objeto de mi labor docente, lo que contribuyó al enriquecimiento de la labor cotidiana en las aulas. En segundo lugar, la elección de la historia tucumana obedeció al auge alcanzado por los estudios regionales y locales, como gesto de reafirmación de un federalismo fraguado en el período independiente al calor de la lucha del interior contra el centralismo de la ciudad-puerto (Buenos Aires).

En el interés por la historia local incidieron también los acontecimientos producidos al inicio de mis estudios superiores, en 1969. Éste había sido un año de grandes movilizaciones obreras y creciente politización de la vida universitaria en Argentina, hechos que, unidos a otros factores, conducirían más tarde a la restauración democrática y al retorno del peronismo (proscrito por la “Revolución Libertadora” de 1955). En plena crisis tras el cierre de ingenios azucareros (1966), Tucumán se convirtió en uno de los escenarios de la agitación general que sacudió al país; la provincia ardía en barricadas, arreciando la represión policial con granadas, gases lacrimógenos y el brutal chorro de los camiones hidrantes (los famosos “neptunos”), dejando el lamentable saldo de víctimas mortales. Pasado el “tucumanazo”<sup>6</sup>, las nítidas imágenes de aquella convulsión en

<sup>3</sup> Es el nombre que se da en España a la exposición oral o escrita del aspirante a un puesto de trabajo. En el caso al que hago referencia, en un primer ejercicio debía presentar el Currículum y, en una segunda fase, un proyecto de investigación en concreto.

<sup>4</sup> Parte de esas reflexiones están contenidas en estas páginas.

<sup>5</sup> Con este motivo, una vez concluidos los estudios realicé una práctica docente honoraria, en calidad de adscripta a un Curso de Historia Argentina en la Universidad Nacional de Tucumán, entre 1974 y 1975.

<sup>6</sup> Término que se dio a las protestas y revueltas de Tucumán en 1969; de igual modo, las que tuvieron lugar ese año en las provincias argentinas de Córdoba y Rosario, de similar magnitud, fueron llamadas “cordobazo” y rosariozo”, respectivamente.

cierta manera me forzaron a mirar hacia atrás, para encontrar en el pasado alguna explicación a la dramática situación vivida. En definitiva, como proclamó Braudel (1980, p. 20) al inaugurar uno de sus cursos en 1950, “¿por qué habría de escapar el arte frágil de escribir historia a la crisis general de nuestra época?”.

Los discursos de los años 1970 rezumaban un nacionalismo a flor de piel, postura ésta que en el contexto latinoamericano tuvo su matiz particular, al alimentarse de un visceral rechazo a la ingerencia norteamericana en la política del continente, que sucedió históricamente al dominio inglés en las ex colonias hispánicas tras su independencia. Se potenciaron así determinados temas (algunos de ellos asiduamente frecuentados por la corriente historiográfica “revisionista”), identificados como lo *nacional popular*: era la famosa trilogía conductora Rosas-Yrigoyen-Perón, contrapuesta al sueño liberal y extranjerizante de los constructores de la Argentina moderna desde 1853, fecha de sanción de la Constitución que rigió al país por casi siglo y medio. Presa de esta ola temática, realicé algunos trabajos circunscritos al decenio de 1840 y a la segunda mitad de esta centuria, con el fin de dilucidar las fuentes en las que bebía el nacionalismo populista, enarbolido en mis años universitarios como modelo válido para hacer frente a la herencia *nefasta* del liberalismo decimonónico. La *demonización* de este último tendría su réplica en la etiqueta de *oscurantista* dada por los liberales a la política de sus contrarios, en esa tan reiterada “usurpación de la historia”, como señaló el escritor español Antonio Muñoz Molina.

Siguiendo aquellas pautas, en 1975 encaré un estudio sobre los exiliados en Chile durante el segundo gobierno del general y estanciero<sup>7</sup> porteño Juan Manuel de Rosas (1841-1852). No es casual, meditando en ello ahora, que me atrajeran entonces las peripecias de un grupo de emigrados; en Tucumán se había puesto ya en marcha el “Operativo Independencia” para luchar contra la “subversión”<sup>8</sup>, insinuándose la persecución ideológica que se expandiría en breve, junto a los crímenes de la Triple A<sup>9</sup>. Salvando diferencias y matices, incorporaba así a mi trayectoria curricular un tema que comenzaba a afectarnos a muchos, como lo era la vivencia de un exilio interior, dado el marco represivo instaurado en la vida cotidiana. A poco de concluir el trabajo sobre los exiliados del período rosista, mis circunstancias laborales sufrieron un drástico cambio: tras seis meses de experiencia universitaria retorné de lleno al

ámbito secundario, viviendo simbólicamente un “destierro” académico que volvería a repetirse tiempo después.

Otro foco de interés en aquellos años fue el desarrollo del proyecto liberal en la formación del estado-nación en Argentina, proceso que desde los años 1880 acentuó la desigualdad de un país desgarrado por medio siglo de guerras civiles, estructurado bajo la hegemonía portuaria sobre las provincias interiores. Dentro de esta problemática, abordé los intentos unificadores del gobierno nacional para mantener el control político provincial, línea en que se encuadran dos estudios: uno referido a la implantación de un sistema monetario único para el país y sus efectos en Tucumán, y otro sobre la revolución de 1887 y la intervención federal a esta provincia (que aún conservo en su versión mecanografiada, preparada con aquella entrañable máquina *Olivetti Lettera 22*). El estudio del estado liberal de los ‘80 me remontó, a su vez, a los orígenes del radicalismo, un partido centenario hasta hoy presente en la vida política argentina. Nacido en 1898 como un movimiento que aglutinó a los hijos de la inmigración (en su mayoría profesionales de clase media que buscaban su espacio político), el partido radical conquistó el poder en 1916, en lo que parecía ser un derribo transitorio del viejo esquema de la política argentina, monopolizada por la élite ganadero-latifundista ligada al comercio exportador; sector cuya influencia lograría, no obstante, traspasar la barrera del siglo XX y aún los movimientos de masas producidos en éste para reinstaurarse con los gobiernos militares de turno. En esta fase de mi itinerario investigador, el análisis del modelo liberal decimonónico me había permitido “asistir” a la llegada masiva de inmigrantes a Argentina (al igual que a otros países de la América meridional y templada, como Brasil y Uruguay), fenómeno que tendría un singular impacto en los destinos de la nación. Sin indagar demasiado en las motivaciones subyacentes a mi interés por esta temática, había quedado sembrada la simiente para lo que acabaría siendo una de mis futuras líneas de investigación.

Habiendo profundizado en la gestación del partido radical, decidí a posteriori ahondar en la evolución de esta línea política en Tucumán durante la llamada “década infame” (1930-1940). En este decenio, inaugurado con el *cuartelazo*<sup>10</sup> que derrocó al presidente radical Hipólito Irigoyen y caracterizado por el fraude electoral, los negociados en torno a la exportación de vacuno y un estado social crítico por los efectos de la Gran

<sup>7</sup> Argentina, hacendado (propietario de una hacienda o estancia ganadera).

<sup>8</sup> Este operativo, comandado por el Ejército, fue dispuesto por la presidenta Isabel Martínez de Perón en febrero de 1975 con el objetivo de sofocar el movimiento guerrillero atrincherado en la selva tucumana.

<sup>9</sup> Organización paramilitar creada durante el gobierno antes citado, bajo la inspiración de quien fuera –ironía de la historia– ministro de Bienestar Social, José López Rega.

<sup>10</sup> Levantamiento de las Fuerzas Armadas contra el orden constitucional.

Depresión, se cimentaron las bases para esa tristemente célebre alternancia de regímenes de facto y gobiernos constitucionales, grabada a fuego en el desarrollo histórico del continente. Mirados desde hoy, estos estudios estaban cargados de presagios funestos de lo que habría de sobrevenir en breve, ya que una de las notas sobresalientes de aquella etapa histórica de Tucumán (1935-1939) fueron la inestabilidad política y las actuaciones clandestinas de las fuerzas de ultraderecha aglutinadas en la Legión Cívica, brazo armado del nacionalismo corporativista (motor del golpe militar de 1930), que trató de entorpecer el orden democrático (por dar nombre a un estado de cosas que distaba mucho de serlo). La violencia derechista cobraba plena actualidad, ya que asistíamos entonces (1975) a las funestas actuaciones de la Triple A – organización con rasgos muy similares a aquella Legión de los años 1930–, creada para combatir a las fuerzas de izquierda en todo el país. Una vez más, el presente irrumpía con sus apremios (Braudel, 1980). En marzo del año siguiente se produjo el golpe de estado que derrocó a Isabel Perón, asumiendo el mando una Junta militar presidida por Rafael Videla. Lo que se desencadenó a continuación es conocido: una brutal represión que dejó como saldo la muerte y la desaparición de personas, más la diáspora hacia Europa y otros países de América Latina. Comparado con los crímenes de la dictadura, el exilio era un drama “menor” que vivimos en nuestra familia, debido a la militancia política universitaria de uno de sus miembros.

Como antes señalara, en el ecuador de esta fase curricular el análisis del proyecto liberal en la etapa de organización nacional y el nacimiento del radicalismo me habían llevado al proceso de la inmigración de masas (1880-1930), auspiciado por el viejo lema alberdiano<sup>11</sup> *gobernar es poblar*. Bajo esta consigna, algunas naciones del continente habían ya efectuado intentos para borrar la “barbarie” (indígenas) con la traída de colonos suizos, alemanes e irlandeses en aras de fomentar la agricultura y “regenerar” la población inyectándole sangre europea. Sin ahondar demasiado en otras razones, la inmigración había captado mi atención por su trascendencia en la conformación de la Argentina moderna, aunque el estudio más detallado del fenómeno, en ocasión de realizar un curso de postgrado en 1977, me llevó a destapar el velo con respecto a las motivaciones más profundas que anidaban en estas preferencias: el tema se hallaba muy ligado a mis circunstancias familiares, ya que soy nieta

de inmigrantes sirios, llegados a Argentina en la primera década del siglo XX. A lo largo de unos meses y a pesar de que la historiografía sobre la inmigración se hallaba entonces en una fase insuficientemente desarrollada (tratamiento meramente descriptivo de problemas), tomé mayor conciencia de mis orígenes étnicos.

Como resultado de este acercamiento a la gesta migratoria de mis ancestros sirio-libaneses, albergué la idea de emprender una investigación sobre esta colectividad, que conformaba una inmigración más tardía (aspecto clave en su proceso de inserción) con respecto a otros flujos, como los procedentes de la Europa mediterránea (españoles e italianos, fundamentalmente). Contaba también con otro dato, que de antemano resultaba inquietante: en uno de los momentos álgidos de su ingreso a Argentina, los inmigrantes sirios y libaneses habían sido estigmatizados por un director del Departamento de Migraciones en 1910 con la etiqueta de grupo “exótico” y dedicado sobre todo al comercio ambulante, vale decir, poco deseable para un país necesitado de mano de obra agrícola (Bestene, 1997, p. 290-291). Su presencia contrariaba las expectativas de la clase dirigente, que reclamaba labriegos, preferiblemente de origen latino, ya que no de los países europeos considerados “industriosos” (dentro de los flujos del periodo 1890-1910 el perfil de los migrantes era otro, predominando los españoles, rusos y “turcos”<sup>12</sup> en desmedro del número de franceses, ingleses y alemanes). Sin embargo, el propósito de emprender este estudio quedó postergado en virtud de otros compromisos laborales y, seguidamente, por el hecho de mi propia emigración a España; paradoja que resucitaría muchos años después, en las vísperas de un retorno transitorio a Argentina en el decenio de los 1990.

En los años 1978-1979 se repitieron dos breves incursiones académicas a raíz del dictado de los cursos de ingreso implantados en las universidades argentinas, bajo una modalidad de contrato temporal que me permitió un nuevo paseo por el ámbito de la enseñanza superior; experiencia que, comparada con la de 1975 – algo más prolongada en el tiempo –, fue como un quedarse a las puertas. En esta fase de mi vida profesional, en la que continué en la docencia secundaria, el afán de mantener los vínculos con la investigación me hizo “migrar” hacia temas relacionados con la vida cultural de la provincia (la música, en concreto), por encargo de una Fundación privada. Si bien no formaban parte de mis áreas de interés, me ayudaba

<sup>11</sup> Referido a Juan Bautista Alberdi (1810-1844), autor de *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, publicadas en 1852, un año antes de la sanción de la Constitución de 1853 (Alberdi, 1949 [1852]). En ésta se incluyeron disposiciones específicas para el fomento de la inmigración europea, conforme a las propuestas de Alberdi en aquella obra.

<sup>12</sup> Los inmigrantes de lengua árabe (sirios, libaneses, palestinos, etc.) recibieron el apelativo de “turcos”, debido a que sus territorios estaban entonces bajo el dominio del Imperio Otomano, razón por la que en algunos casos también fueron anotados en los registros aduaneros como “otomanos”, al ingresar con pasaportes expedidos por las autoridades turcas.

a perfeccionar técnicas e instrumentos metodológicos en el quehacer investigador. Fue un primer anuncio, al borde de mi salida del país, de los desplazamientos temáticos de los tiempos por venir.

## España, migración y fronteras

Mi partida a Europa se produjo en septiembre de 1979, en plena dictadura militar<sup>13</sup> y fue decidida por motivos que no tenían que ver con mi seguridad personal. Aunque tenía la idea de una estancia breve, una vez establecida en la España de la transición, al año quemé las naves, reconvirtiendo en bonos aéreos – para usar dentro de Europa – mi pasaje de vuelta a Argentina; en esta decisión fue clave el vivir en un clima de libertades, en contraste con el ambiente opresivo del país que había dejado. Tras pasar un mes en Madrid fijé la residencia en Sevilla, ciudad en la que encontré un escenario de confluencias culturales cargadas de profundos significados. El “llamado” de la etnicidad experimentado en los umbrales del viaje hacia esta orilla, habría de recrudecer ante las huellas de Al-Ándalus, aún en la propia Catedral gótica, donde la “usurpación” arquitectónica de la historia dejó indemne el alminar de la antigua mezquita. Por otro lado, el sello del pasado americano, patente en la Torre del Oro erigida entre el Arenal y el Guadalquivir y en la antigua Casa Lonja (sede del Archivo de Indias, AGI), depositaria de la historia mestiza de “mi” otra orilla.

Empecé de inmediato mis investigaciones en este Archivo, ayudada por esa suerte de “salvoconducto”, la beca *ad honorem*, otorgada por el entonces llamado Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI)<sup>14</sup>. Esta seudo-beca, a pesar de no implicar retribución dineraria – como indica su nombre –, permitía aligerar ciertos trámites, como el acceso al gran templo documental sevillano (el AGI) y, por sobre todo, las engorrosas diligencias policiales de renovación (cada tres meses) del permiso de permanencia en España como estudiante. Finalmente, pude acabar una primera etapa de sondeo documental en junio de 1980, dentro de las limitaciones de un contexto precario no sólo en lo laboral, sino también por las vacilaciones acerca de los pasos a dar en el futuro inmediato. Estando en la tesitura de esquivar cualquier resolución al respecto, a poco de concluir el curso académico se me presentó la oportunidad de migrar temporalmente allende los Pirineos, aceptando un trabajo por el período estival en París. Me resultó atractiva la oportunidad de pasar en otro país esos meses mientras aguardaba la respuesta a

una solicitud de beca, aunque, secretamente, albergaba también la idea de tentar suerte en la capital gala; incluso, una vez en ésta, llegué a inscribirme en un curso de francés para extranjeros que se impartía gratuitamente en la Université de Paris X-Nanterre (uno de los centros revolucionarios de Mayo del 1968). La concesión de la beca por parte del ICI me hizo desechar la alternativa de Francia, retornando a España en septiembre de 1980. Retomé pues mis investigaciones en el Archivo de Indias, que logré prolongar hasta junio de 1981.

Durante los últimos años en Tucumán me había asomado al periodo colonial, de modo que inicié la incursión en aquel “abismo de papel” (Saignes, 1995) con un rudimentario esquema para analizar la articulación de una unidad político administrativa del imperio hispánico – la gobernación del Tucumán – en la “comunidad imaginada” (Anderson, 2006) – nacida de la emancipación de 1810. Llevaba trazadas, básicamente, las peculiaridades de un territorio nacido de las discordias peruanas bajo la consigna de “descargar la tierra”, más tarde consolidado como centro abastecedor de mano de obra y manufacturas a Potosí (Alto Perú, Bolivia colonial). Conforme avanzaba en la consulta de la documentación, este plan originario fue quedando sepultado por la contundencia con que asomaba la frontera “bárbara” del Tucumán del siglo XVIII: zonas de Jujuy, Salta y Santiago del Estero confinantes con el Chaco indígena; un espacio fronterizo marcado por hitos que iban diseñando, a su vez, un sendero afectivo que me retrotraía al entorno de mi niñez. A 12 mil kilómetros de distancia, mi travesía documental por esa frontera fluctuante me brindó la posibilidad del retorno simbólico a la patria de la infancia. De modo que, atrapada ya en esa geografía sentimental, fui madurando las connotaciones del proceso de guerra y colonización fronteriza tardía (1700-1767), desechar la fosilizada visión de las fronteras aportada por la historia tradicional, es decir, como los límites de los dominios hispanos, hostilizados por los “salvajes” (cazadores y recolectores del Chaco). En un enfoque de los márgenes como zona de interacción entre el mundo colonial y las sociedades guerreras chaqueñas, cobraban especial relieve las identidades, la interacción cultural y los discursos fronterizos. El énfasis en la problemática étnico-cultural y social de las fronteras fue una decisión importante desde el punto de vista académico, aunque los motivos que me hicieron persistir en el tema y, sobre todo, las similitudes o coincidencias con mi modo de inserción en el país al que había emigrado, sólo pude valorar mucho después.

<sup>13</sup> Me refiero al régimen de facto implantado en el país a raíz del golpe militar del 24 de marzo de 1976, que abrió otra de las etapas oscuras de la historia argentina.

<sup>14</sup> Uno de los nombres que recibió la actual AECID, tras sucesivas “reconversiones” y cambios denominativos.

Concluida la beca en Sevilla me trasladé a Madrid (junio de 1981), obteniendo una prórroga de tres meses para ampliar mis investigaciones. Agotadas las ayudas en octubre de 1981, superado el trance desesperanzado de ex becaria y asumido el reto de permanecer en España, decidí inscribirme en el Doctorado en Historia de América de la Universidad Complutense de Madrid. Paralelamente, inicié mis contactos con la colonia de exiliados argentinos, entrando en una dinámica de mayor implicación y compromiso con la dura realidad que vivía entonces el país, a la vez que daba inicio a la *titánica tarea* de ser inmigrante. Subrayo estas palabras, dichas por un colega – inmerso, a su vez, en un azaroso proceso de inserción en otro país europeo –, pues sonaron como un dictamen; de hecho, no dejé de recordarlo en momentos difíciles, concluyendo al cabo de los años que había acabado por acatarlo involuntariamente. Sin embargo, el estructurar en gran parte mi vida en torno al “supremo” objetivo de concluir el doctorado y regresar a Argentina, fue el norte en el camino: la escritura de la tesis fue para mí lo que el diario de su travesía para el viajero, es decir, un “cielo protector” (Gasquet, 2006, p. 31) bajo el que cobijarse en el tránsito por tierras nuevas, en mi caso caminos sin base firme, cual es el proceso de inserción en otro país, en medio de dudas y contradicciones. Durante la etapa pre-doctoral (1981 a 1988), contando con el socorro de bolsas de estudios concedidas en 1983 (Casa de Velázquez e ICI), la tesis constituyó asimismo el único punto de referencia en lo profesional y el refugio compensador a un nutrido repertorio de trabajos variopintos que desarrollé, normalmente como *free-lance*: por lo general tenían la ventaja – frente a la oscilación de ingresos – de la libertad horaria y espacial, como, por ejemplo, la elaboración de crucigramas para una revista de entretenimientos, que solía realizar en una cafetería del madrileño parque del Retiro.

En múltiples sentidos y por razones no sólo intelectuales permanecí bastantes años atrincherada en las fronteras coloniales, al abrigo de los lugares de mi infancia. Con la idea fija del retorno, la provisionalidad fue la nota que acompañó las distintas facetas de mi existencia. El proyecto de retorno va indisolublemente unido a la experiencia migratoria; va dentro del equipaje del emigrante, convirtiéndose en el báculo que ayuda a sostenerlo en la lejanía (Vitar, 1998-1999). Durante la etapa de elaboración de la tesis realicé una primera vuelta al país tras siete años de ausencia. La experiencia no dejó de depararme conmociones, ya que la distancia y los años habían congelado imágenes asociadas al momento de mi partida, cual fotos fijas que los “tirones” bruscos de la realidad desmontaban a cada rato. Los reencuentros, las emociones y la recuperación de un espacio afectivo importante, motivaron que a mi regreso a España me planteara firmemente la idea de regresar al terruño tan

pronto como concluyera el doctorado. Así pues, desde una polifacética situación fronteriza (que, por otro lado, contribuyó a enriquecer la mirada hacia el objeto en estudio) fui analizando la consolidación y avance del frente pastoril (haciendas) hacia la periferia chaqueña, la dicotomía entre *indios dóciles* e *indios bravos* sobre la que se planificó la estrategia de conquista, las contradicciones del mundo pionero y su percepción de los espacios selváticos, la dinámica de las relaciones interétnicas y la singularidad de la empresa jesuítica. Con ello pretendía presentar el fenómeno de colonización fronteriza en toda su dimensión, poniendo el acento en los agentes e intercambios producidos en ese espacio fluctuante y conflictivo: los pueblos chaqueños y el frente pionero (militares, hacendados y jesuitas).

## Bonanza quintocentenaria y nuevas “conquistas” chaqueñas

Con posterioridad a la defensa de la tesis doctoral – junio de 1988 –, se presentó la ocasión propicia para difundirla, tanto en España como en Argentina. Además, había obtenido la nacionalidad española en febrero de 1987, lo que significó desembarazarme de los molestos trámites relacionados con mi regularización como extranjera. La comodidad de estar “instalada” en una nueva ciudadanía, al menos de “papel”, facilitaba un mayor arraigo y la iniciación del camino hacia los logros laborales. De este modo, mudaba en sentido positivo la tónica de una larga etapa, en la que un férreo encadenamiento de circunstancias había generado una situación de aislamiento profesional, sólo alterado – cuando era posible – por la asistencia a cursos o seminarios. Hasta entonces, había vivido con varios “frentes” abiertos: vivienda, papeles y trabajo. Sin embargo, esos tiempos están envueltos en el recuerdo nostálgico de un Madrid bohemio: fue la época de la célebre “movida” madrileña – en el ecuador de los años 1980 –, con verbenas populares, pintura, teatro y creatividad a flor de piel; hasta teníamos un alcalde, Enrique Tierno Galván, que provocaba el regocijo general con sus célebres bandos, al más puro estilo castizo.

Paralelamente a la reanudación de vínculos con el mundo académico y a raíz de la participación en Congresos Internacionales de Etnohistoria desde finales de los 1980, acentué el enfoque etnohistórico en mis trabajos, ahondando en la problemática indígena chaqueña. Puse mayor énfasis en aspectos tales como el liderazgo y los efectos del contacto fronterizo con los blancos, en la etnicidad y el mestizaje cultural. Siguiendo en esta línea, en 1990 inicié un periodo profesional activo, notándose los efectos de la conmemoración del V Centenario, evento que significó un tiempo de bonanza para el campo americanista.

Por encargo de una entidad pública realicé dos trabajos que me permitieron proyectar la frontera a una dimensión americana; el primero de ellos fue un estudio comparativo entre la dinámica fronteriza tucumano-chaqueña y la del norte novohispano en el siglo XVIII, analizando las similitudes y diferencias de los procesos de avance colonial del centro a la periferia y la *universalización o globalización* del discurso de la conquista en el ámbito colonial español. La segunda investigación se centró en Brasil y en el proceso de expansión desde los establecimientos costeros hacia el interior, incursionando así en un tipo de colonización y poblamiento diferente al caso hispano en América.

La temporalidad de estos proyectos me obligó a un desplazamiento hacia otros campos temáticos, aunque sin abandonar el territorio americanista. Fue así como, en febrero de 1990, me incorporé a un estudio de más larga duración (dos años y medio) financiado por la Fundación de los Ferrocarriles Españoles – también bajo los auspicios del V Centenario –. Su objeto era la preparación de una síntesis de la historia ferroviaria de Latinoamérica, realizando por mi parte el estudio completo de Colombia y Perú. Esta colaboración significó un salto atrás en mi itinerario investigador, en cuanto al objeto de estudio; retornaba así a los planes de modernidad y progreso de los gobiernos liberales criollos, si bien situada ahora en una perspectiva continental, que me posibilitaba apreciar con claridad la función del ferrocarril en la consolidación del modelo agro-exportador o de economía *hacia afuera*. Los caminos de hierro crecieron en virtud de la demanda de materia prima de los países industrializados, dibujando el abanico de la dependencia en Latinoamérica, con unas vías que iban de los centros de producción a los puertos exportadores: para la salida del café en Colombia o del cobre y las lanas en Perú, dejando postergados los mercados interiores. Por otra parte, aunque los aspectos socio-laborales anexos al desarrollo de la red férrea no se trataron de modo exhaustivo, no podía obviarse la inmigración, directamente ligada a la construcción ferroviaria (el caso de los *coolies* en Perú y Panamá), medio de transporte que sirvió a su vez para el desplazamiento de migrantes desde los puertos a las haciendas cafetaleras en Brasil, por citar algunos ejemplos.

Fuera de estas consideraciones, el estudio de los ferrocarriles fue una tarea ardua y compleja que exigía una dedicación casi permanente, con el fin de ordenar la caótica y dispersa información sobre el tendido de vías, trabajar con

coeficientes ferroviarios y elaborar cuadros y mapas de todo tipo para ilustrar el crecimiento de la red y los movimientos empresariales, entre otros aspectos. Mientras desarrollaba este proyecto fui sondeando otras posibilidades laborales, logrando obtener, a mediados de 1990, un contrato temporal como documentalista en el Congreso de los Diputados: una nueva aventura ocupacional que supuso mi internación en la historia del viejo continente, pero en épocas hasta entonces poco transitadas por mí, ya que me tocó acometer la indización de los documentos en francés del Consejo de Europa (desde su creación, en 1949), lo que me transportó de cuajo al proceso de construcción de la unión europea tras la última posguerra. Concluido este itinerario, con la lógica desazón ante un nuevo paso por las oficinas de Empleo para registrarme oficialmente en situación de “paro” (desempleo), no desistí de otras búsquedas mientras continuaba – es sólo un decir –, *sobre rieles*<sup>15</sup>. El tramo final de esta travesía ferroviaria estuvo acompañado de la preparación de unas oposiciones para la Biblioteca Nacional de Madrid (a raíz de mi contrato en el Congreso me había adentrado en temas de documentación y biblioteconomía) y del retorno ocasional a otros quehaceres ajenos a mi campo profesional (como los estudios de diagnóstico de mercado, que significaron batallar con conceptos sociológicos). Al cabo del tiempo, aquel esforzado viaje en tren concluyó en una estación inesperada: entregadas las monografías correspondientes a los ferrocarriles peruanos y colombianos en julio de 1992 y sin perspectivas de publicación en esa fecha, el estudio general de todos los países salió – sorpresivamente – editado seis años después (Sanz Fernández, 1998) sin incluir los dos trabajos de mi autoría, aunque sí todo el material estadístico, mapas, cuadros, etc., en un CD-ROM que acompañaba al volumen impreso. Sobran las palabras.

Si bien este trabajo se había alejado sustancialmente de los temas que venía desarrollando desde hacía años, entre las motivaciones profundas que me condujeron a aquel estudio se hallaban las añoranzas de la niñez y de la adolescencia: otra trampa de los sentimientos. Crecí hasta los 6 años en un pueblo del Chaco santiagueño<sup>16</sup> donde funcionaba un obraje (en cuya contaduría trabajaba mi padre) que surtía al ferrocarril de madera de quebracho<sup>17</sup> para los durmientes<sup>18</sup>; esta palabra sigue teniendo para mí resonancias mágicas, pero más a aquella edad, en que me hacía evocar a unos seres extraños, tendidos sobre las vías en un eterno sueño. También quedó en mi memoria la imagen de la estación de ferrocarril de aquel pueblo,

<sup>15</sup> Dicho coloquial, usado para indicar que todo discurre conforme a lo que deseamos; en este caso en un sentido irónico.

<sup>16</sup> Parte de la provincia argentina de Santiago del Estero, lindante con la región del Chaco.

<sup>17</sup> Nombre genérico de varias especies botánicas de árboles americanos de madera muy dura; en Argentina, Bolivia y Paraguay, árbol de gran porte, de la familia de las Anacardiáceas, con cuya madera, muy dura, se fabrican durmientes. Su corteza es rica en tanino (Real Academia Española, 1994).

<sup>18</sup> Cada uno de los maderos que se atraviesan en una vía férrea para asentar sobre ellos los rieles.

que volví a ver después de mucho tiempo, cubierta por las marañas del olvido y de la nostalgia, en un viaje realizado en 2006. Los trenes nos siguieron acompañando un tiempo, ya que de las fronteras santiagueñas pasamos a San Miguel de Tucumán<sup>19</sup> y a residir en una calle atravesada por las vías del ferrocarril, cuyos pitidos nocturnos acunaban nuestros sueños juveniles.

Coincidiendo con la etapa final de este proyecto, comenzó mi vinculación con el CSIC, ingresando a un equipo de trabajo sobre las crónicas etnográficas de Indias. Volví de lleno a Tucumán y al Chaco, aunque centrándome en la narrativa colonial sobre el proceso de colonización fronteriza con el fin de reelaborar mi tesis doctoral (Vitar, 1997). Nos hallábamos en pleno fervor de análisis del discurso, de modo que tras la “revisita” a las fronteras y una nueva lectura de las fuentes, enfoqué el caso tucumano como el microcosmos en el que se reproducían los lineamientos generales de la conquista hispana, incidiendo en la dinámica fronteriza a través del “discurso” colonial. Conforme a los intereses de los distintos sectores (jesuitas, militares, encomenderos, etc.), los chaqueños *mansas* y *salvajes* se convertían en categorías *migrantes*, tan borrosas e inestables como la frontera misma. Por lo demás, al otro lado del Océano comenzaba a perfilarse cierta “pasión” chaqueña, remodelando un territorio temático que había permanecido largamente encorsetado en las interpretaciones de la historia tradicional argentina.

Esta dedicación intensiva al Chaco indígena llegó a su fin al clausurarse la bonanza *quintocentenaria*, que había permitido algún respiro a los americanistas; en vista de estas circunstancias, tuve que apartar temporalmente mis investigaciones para recorrer otras sendas, siendo así como me embarqué nuevamente en otra oposición, a raíz de una convocatoria de plazas para el Parlamento Europeo. Como parte de mi preparación para las pruebas, me ejercité en la traducción de textos etnohistóricos en francés y portugués (los dos idiomas elegidos para dicho concurso), con el fin de que esta migración idiomática no me apartase enteramente del campo de mi especialidad.

Ante los resultados negativos, decidí reintentar la vía de las becas para continuar mi estudio sobre la narrativa colonial, aunque, pasado el furor conmemorativo de la hazaña colombina, la investigación americanista tenía escasas perspectivas de éxito para quienes se hallaban fuera de las instituciones. Pensé entonces en una experiencia posdoctoral fuera de España – en concreto, en otro país europeo –, disponiéndome, sin condonar

del todo al “exilio” a los grupos chaqueños, a lanzarme, por fin, a un tema que se encontraba agazapado desde hacía mucho tiempo, esperando ver la luz. La coyuntura favorable se presentó en 1993, cuando toda Europa se removía ante el creciente fenómeno de las migraciones y en España, en particular, se hacía notoria la presencia del colectivo marroquí; más aún en Madrid y en mi barrio, el de Lavapiés (en el corazón histórico de la ciudad), que al cabo de una década se haría mundialmente famoso por su fisonomía multicultural. Le había llegado la hora a la inmigración sirio libanesa, cuyo estudio me había tentado en las vísperas de mi partida de Argentina, a finales de los años 1970.

Inmersa de lleno en las reflexiones sobre identidad étnica y mestizaje cultural por mi dedicación a la problemática de las fronteras, consideré de interés seguir en esta línea de preocupaciones teóricas, proyectándola al caso de los descendientes de aquel colectivo de migrantes que comenzó a poblar las Américas desde el último cuarto del siglo XIX. Tales inquietudes fraguaron en un proyecto sobre el análisis de la etnicidad en la tercera generación de inmigrantes sirios y libaneses en Tucumán, a través de fuentes orales. En estos afanes fue crucial el apoyo y entusiasmo brindados por una querida amiga y colega, Blanca “Orieta” Zeberio, a quien muchos tuvimos la fortuna de conocer en 1992 y asimismo el infortunio de que nos dejara, al fallecer en abril de 2008 de una breve y fulminante enfermedad. Con Blanca discutimos largo y tendido sobre la inmigración en Argentina (un tema que le apasionaba, por su inclinación a la historia social), en un intercambio sumamente fructífero, de cara a determinar las hipótesis de trabajo. En el diseño del proyecto, partí de los postulados surgidos en torno a las vivencias de la etnicidad dentro de las diferentes generaciones de la familia migrante, con el objetivo de evaluar el cumplimiento del supuesto *revival* étnico experimentado en la tercera generación; me refiero al viejo enunciado – reinterpretado en una serie de contribuciones posteriores – de Hansen<sup>20</sup>: *What the son wishes to forget, the grandson wishes to remember* (lo que los hijos quieren olvidar, los nietos desean recordar), principio que, en la línea del pluralismo cultural, negaba la existencia del crisol de razas (*melting pot*) en el contexto norteamericano. Yo misma había experimentado un cierto “reclamo” de las raíces (Vitar, 1998-1999) a partir de una noche en Granada cuando, frente a una Alhambra iluminada pero solitaria, alta y distante, me pareció percibir el eco de la música que solía escuchar mi abuelo Meljim en un lugar perdido

<sup>19</sup> Ciudad capital de la provincia de Tucumán.

<sup>20</sup> Este principio, expuesto por el historiador norteamericano de origen escandinavo Marcus Lee Hansen, en un ensayo titulado *The problem of the Third Generation*, ha sido objeto de diversos análisis y reinterpretaciones a partir de su difusión en 1938 (in Kivistö y Blanck, 1990).

del Chaco salteño, bebiendo “mate”<sup>21</sup> y leyendo *Las mil y una noches*. Fue ese el instante en el que sellé una “alianza” más firme con mis orígenes, en unas “negociaciones” de la identidad al amparo de la magnificencia de aquel palacio árabe y la nostalgia por ese último trozo de reino andalusí, conquistado al rey Boabdil.

Terminado de definir el proyecto, lo presenté en diferentes convocatorias de becas, recibiendo la respuesta negativa a todas mis solicitudes, salvo en un caso, en el que sencillamente me topé con el ya conocido y no por ello menos arbitrario “silencio administrativo”; fue una presentación – plagada de formularios en inglés – ante las Comunidades Europeas, de la que nunca más tuve noticias y que habrá naufragado en las aguas de la administración comunitaria en Bruselas. Acusándose ya en España los efectos de la recesión económica, en octubre de 1993 decidí pasar un tiempo en Argentina. He aquí la paradoja a la que antes me referí, al hablar de mis circunstancias académicas en el momento de emigrar a España: en este nuevo viaje a la otra orilla, llevé en mi *equipaje* de emigrante retornada (sin tener muy claro si este retorno sería a título temporal o para preparar el regreso definitivo) mi proyecto de estudio sobre la inmigración sirio-libanesa, dispuesta a continuar con el mismo y diseñar el trabajo de campo (entrevistas) en el propio terreno, valga la redundancia.

## Vuelta y paréntesis en la otra orilla

Para mi estancia en Argentina – circunscrita finalmente a once meses – elegí fijar mi residencia en Buenos Aires. Había nacido en esta ciudad, aunque a muy temprana edad y en razón de las ocupaciones de mi padre, nos habíamos trasladado a Santiago del Estero, a aquella zona de quebrachales<sup>22</sup> y vientos cálidos que se fijó en mi memoria, junto con el ferrocarril y sus durmientes. Esta aventura paterna en el Chaco santiagueño, otro desplazamiento que sumó a los que ya tenía en su haber, me hizo cavilar entonces sobre los genes “migrantes” de nuestra familia.

Vivir en la gran capital del Sur significó otro reto, ya que sólo había estado en ella por vacaciones. Tenía que acostumbrarme a nuevas calles y referencias, a transitar otra vez por un terreno movedizo; en suma, además de “estrenar” ciudad, debí afrontar los altibajos de la reinserción, un proceso complejo que supone casi otra emigración. Tan es así que, paseando con un amigo por una de esas amplias avenidas bonaerenses, le confesé que me parecía estar andando “por la vereda rota del

desarraigo”, a lo que él respondió: “Buen título para un poema”, alentándome a la par y en tono de chanza, a escribirlo y presentarlo en alguna de esas tertulias o cafés literarios de Buenos Aires.

En lo profesional, la etapa porteña fue de cierta intensidad, llegando a compaginar un contrato de cuatro meses en el Congreso de la Nación con la participación en diversas actividades académicas. Sin dejar el discurso colonial sobre las fronteras, proseguí con los fenómenos identitarios entre los descendientes de sirios libaneses en Tucumán, intentando dilucidar la pervivencia de un sentimiento de fidelidad a sus orígenes. Respecto al grado de identificación étnica en los diferentes estratos generacionales, los intercambios mantenidos con colegas argentinos me permitieron reformular las hipótesis iniciales, en el sentido de la dificultad de adscribir el fenómeno de aculturación a una clasificación estanca, en virtud de las diferentes “velocidades” que puede asumir el proceso en diferentes grupos y niveles generacionales. Por lo demás, la incorporación de nuevas perspectivas teóricas, como las que postulan la “invención” de la etnicidad, fue particularmente provechosa para el análisis de las cuestiones identitarias desde el ángulo de las negociaciones intra y extra-grupales realizadas por los inmigrantes y sus descendientes en el marco de la sociedad receptora (Vitar, 2002-2003). En cuanto al trabajo de campo, éste se limitó, por razones de tiempo, a unas pocas entrevistas a nietos de inmigrantes sirio-tucumanos, un primer avance que me llevó a concluir, provisionalmente, que los herederos de aquella inmigración, cuya “inutilidad” para un país en plena revolución cerealera se había sostenido *a priori*, buscaban a través de sus prácticas y representaciones desterrar unos estereotipos arraigados en el imaginario colectivo, producto de una política migratoria que alimentó prejuicios y recelos en la sociedad de acogida.

## Paradojas del “retorno” y otras diásporas

El regreso a España, a fines de 1994, no fue una decisión fácil, ya que ambas orillas me reclamaban, si se quiere, con mayor intensidad que antes. En vísperas de dejar la ciudad del Plata, más que desarraigado llegué a sentir que dejaba nuevas raíces; la sola idea de no disfrutar de esas calles anchas y arboladas que habían formado parte de mi recorrido cotidiano, me provocó una nostalgia anticipada; claro está que a lo largo de mi estancia bonaerense también llegué a añorar los trazos laberínticos de mi barrio

<sup>21</sup> Bebida que se toma en Argentina, Uruguay y Brasil, preparada con la yerba mate.

<sup>22</sup> Plantaciones de quebrachos (véase nota nº 17).

madrileño. En suma, me hallaba experimentando una serie creciente de dependencias afectivas, en un proceso inverso al que se opera en la conformación de los nacionalismos, como señalaba José-Carlos Mainer<sup>23</sup>.

A poco de reinstalarme en Madrid obtuve un subsidio estatal para retornados del “extranjero” – una paradoja en mi caso<sup>24</sup> –, al tiempo que, atendiendo a ofertas profesionales (dictado de seminarios) y de publicación en revistas académicas, retomé las crónicas de la Compañía de Jesús y los grupos étnicos del Chaco (un reducto temático que nunca abandoné, en lo que parece ser la equivalencia académica de esas “dependencias afectivas” antes citadas). Así, me embarqué en un estudio sobre la alteridad lingüística, destacando el proyecto jesuítico como un caso de instrumentación del lenguaje con fines de dominio y su labor de sistematización de las lenguas nativas como un rescate positivo que, no obstante, conllevó algunas pérdidas irremediables por la aplicación de esquemas gramaticales europeos; además, en el plano lingüístico fue crucial el papel de los intérpretes, en sí mismos un símbolo del mestizaje cultural. Dada la riqueza de la llamada “etnografía” jesuítica referida al Chaco, en los relatos de su experiencia evangelizadora entre los guerreros guaycurúes me topé con el feroz combate (misionero) contra el demonio. La imposición de una creencia entre los indígenas chaqueños – el supuesto culto al diablo – tuvo como objeto el cristianizarlos, procedimiento equivalente al de su *barbarización*, con el fin de justificar la *guerra a sangre y fuego* declarada por el frente militar.

En 1995, durante la obligada pausa estival, decidí atravesar las barreras de mi disciplina e internarme en la literatura, tránsito que había realizado de modo pasajero en la primavera, cuando aquella broma porteña (sobre veredas rotas y desarraigado) durante mi estancia en Argentina en el 1994, acabó en unos versos<sup>25</sup>. A mediados de los 1990, Madrid presentaba cierto colorido multiétnico, ya que nuevos grupos se habían sumado a los flujos migrantes que tenían España como destino: habían hecho su aparición los latinoamericanos (ecuatorianos, sobre todo), colectivo que con los años aumentaría en número y diversidad de procedencia. El barrio madrileño en el que vivía desde 1985 semejaba un “laboratorio de experimentación” de la alteridad (Vitar, 1998-1999), de modo que la convivencia diaria con esa realidad me inspiró a dedicar

aquel poema a los inmigrantes, titulándolo con esa misma y descorazonadora frase pronunciada en un rincón de Buenos Aires (Vitar, 2000b). Esta aventura obró como acicate para extender *el impasse* historiográfico y dedicar el verano a los afanes literarios con vistas a participar en un concurso de narrativa. Debiéndome ajustar a la temática de la convocatoria, que giraba en torno a Madrid, opté por un aspecto relacionado con su pasado: era un buen pretexto para adentrarme en la historia de la ciudad que era una de mis querencias. Este emprendimiento me llevó al mundo subterráneo de los “viajes de agua”, nombre castellano de los *qanats* – canalizaciones – construidos por los árabes para abastecer del líquido vital a la vieja Marit<sup>26</sup>; el “viaje” veraniego asumía múltiples sentidos (etno-histórico, literario, subterráneo...), pero más que nada fue a modo de buscar una síntesis entre mis raíces y mi presente en una ciudad que guardaba esas huellas soterradas de la presencia árabe. Por otro lado, los atractivos de la época en la que había ambientado mi relato (el siglo XVII), me movieron a prolongar la travesía; una vez concluida la novela, diseñé un proyecto sobre la vida “mágica” del Madrid de aquel tiempo a través de la literatura popular, para aspirar a una beca posdoctoral. Fue un recorrido entre la “barroca” multitud de astrólogos y horóscopos, quirománticos y brujas, sin olvidar a los redactores de “avisos” que pululaban en la Corte de los Austrias, dando noticias de sucesos “sobrenaturales” (Vitar, 2001).

A fines de 1995, estando en marcha un proyecto de la Fundación Tavera sobre el impacto de la expulsión de los jesuitas en América, eché mano de mis “reservas” fronterizas y presenté una propuesta para analizar el papel de aquellos misioneros como “adelantados” de la frontera. Obtenido un subsidio, me centré en el extrañamiento de la Compañía de Jesús en las misiones del Chaco, basándome en un informe obispal redactado entre 1765 y 1768. Las singularidades de la gestión jesuítica en esos confines había consolidado un espacio de dominio exclusivo (autosuficiente y defendido por los guerreros guaycurú), que no tardaría en provocar los recelos de encomenderos y autoridades eclesiás. La expulsión de la Compañía, en el marco del reformismo borbónico ilustrado, occasionó la disolución de la frontera reduccional y la decadencia de este modelo evangelizador, la dispersión indígena y un replanteamiento de la política de poblamiento de las

<sup>23</sup> El último cambio de residencia me impide por ahora aportar la referencia de esta cita de Mainer, que leí en el suplemento de cultura de un periódico hace algunos años. El recorte de prensa correspondiente quedó entre los papeles que dejé guardados en Madrid. Gajes de la trashumancia.

<sup>24</sup> Junto a esta ayuda me ofrecieron la posibilidad de asistir a un curso para la enseñanza del español a extranjeros, que acepté, movida por el interés hacia el proceso de inserción de los inmigrantes.

<sup>25</sup> Los escribí con motivo de un concurso convocado por una asociación madrileña de ayuda a inmigrantes marroquíes, que conocí a raíz de mi participación en el citado curso de enseñanza de español para extranjeros. El experimento no acabó tan mal, ya que obtuve el primer premio: 15 mil pesetas de entonces, más un lote de libros entre los que se hallaba *Confieso que he vivido*, de Neruda.

<sup>26</sup> Nombre árabe de Madrid. La novela que escribí (aún inédita) lleva, precisamente, el título de *El Viaje del agua*.

fronteras interiores. Debido a otros compromisos más perentorios en lo que a plazos se refiere, debí suspender temporalmente este trabajo en marzo de 1996<sup>27</sup>, con el fin de traducir obras literarias del francés al español para un grupo editorial, entre ellas cuatro cuentos de Gustave Flaubert y dos obras del Marqués de Sade. Fue esto un desafío tal que debí “aparcar” las fronteras, dejando a un frente pionero perseguido por la imagen del “reino” jesuítico en América y a una orden misionera acosada por los colonos, enarbolando lo que hoy llamaríamos “teoría de la conspiración”, para pasar al crudo realismo de los relatos *flaubertianos* y al libertinaje de unos aristócratas en la Francia post-revolucionaria.

Una nueva oportunidad laboral se presentó en junio de 1996, aunque ello me supondría el traslado a las antípodas: se trató de un contrato con el CSIC para la recuperación del legado documental español en el Archivo Nacional de Filipinas. Este viaje me sumió en un nuevo trance vital dado el encuentro con nuevas alteridades y, en especial, con modos de concebir la existencia que contrastaban con nuestras prisas, tan occidentales. Por otro lado, desde el punto de vista investigador y a la luz de mis recorridos temáticos anteriores, entré en nuevas reflexiones. Me veía otra vez lanzada a la periferia, aunque se trataba esta vez de una antigua frontera marítima del imperio hispánico, lo que me permitió ampliar la visión de la empresa colonizadora en su conjunto y atisbar las singularidades en el caso filipino. Para un observador foráneo era dable dimensionar en esta ex colonia ultramarina las huellas de la presencia hispana – algo no muy nítido en la memoria de los filipinos – y un cierto sello americano, casi dos siglos después de haberse borrado las rutas del galeón de Manila o nao de Acapulco (según desde qué orilla partiese o se aguardase su llegada), que unió a las Islas con Nueva España hasta 1814. Por circunstancias que escaparon a mi voluntad, la estancia en Manila se circunscribió a unos cuantos meses, dado que a raíz de una baja laboral debí retornar a España en enero de 1997.

Tras mi reincorporación al trabajo me sumé al equipo de Madrid, encargado de la descripción de los fondos microfilmados enviados desde Filipinas. Si bien consistía en una labor de tipo archivístico, conllevaba el estudio de variados aspectos de la historia hispano-filipina (sobre todo en el plano institucional), paso ineludible para describir una serie documental. El manejo cotidiano de las fuentes coloniales filipinas y la conmemoración del “desastre” de 1998 (año de la pérdida de las últimas posesiones españolas de Ultramar, Cuba, Filipinas y Puerto Rico), supuso la anexión de nuevos espacios-tiempos y procesos mi quehacer investigador. Mi estancia en

aquel país de Extremo Oriente (1996) había coincidido con la celebración del centenario de la ejecución del líder nacionalista José Rizal (mestizo de chino-filipino), pudiendo asistir a la disputa de su figura – una vez más la apropiación de la historia – entre diferentes corrientes historiográficas con relación a su participación en la masonería o bien a su retractación, antes de su fusilamiento en Bagumbayan. Figura emblemática de la independencia desde sus posiciones reformistas, el mito de Rizal mantenía su fuerza como elemento aglutinador en la reafirmación de la identidad filipina. Desde mi óptica americana, donde la gesta emancipadora se había producido con un siglo de ventaja, el movimiento independentista filipino me parecía un fenómeno tan *epidémico* que me sedujó su estudio, más aún considerando los años de dominio estadounidense tras el fin de la tutela española. En mis propósitos de analizar el protagonismo de mestizos y mestizas en la formación del nacionalismo revolucionario en las últimas décadas del siglo XIX subyacían otras motivaciones no menos importantes, como los vínculos establecidos con la población nativa y las características observadas en las mujeres filipinas, con una significativa presencia en la vida pública. En fin, por la razón fundamental de que, al cabo de tanta movilidad y tránsito por las diferencias culturales, me atraían los mestizajes.

## En los umbrales del siglo XXI

En 2000 se cerró oficialmente el ciclo filipiniano, proyectándose en el horizonte nuevas incertidumbres, tras cuatro años de compaginar las actividades en torno a dos fronteras del imperio colonial ibérico, tan diferentes y distantes entre sí. El nuevo milenio, haciendo caso omiso de trasnochadas predicciones sobre un cataclismo universal, siguió su curso normal en lo que al discurrir cósmico se refiere. En cuanto a mi propia andadura, continué con el dictado de seminarios sobre la inmigración sirio-libanesa en la Universidad de Cádiz, que inicié en 1999, al incorporarme al Grupo de Investigación “Intrahistoria y Oralidad”, financiado por la Junta de Andalucía; ocupaciones éstas que implicaban una siempre gratificante vuelta al sur para respirar los aires de Andalucía, previa parada en Sevilla. Mis investigaciones sobre los descendientes de árabes en Tucumán fueron enriqueciéndose con nuevas entrevistas (que daban paso, a su vez, a la formulación de nuevas hipótesis y al replanteamiento de otras) y también con la diversificación de la mirada a raíz del tránsito por otros procesos identitarios, como el caso filipino.

<sup>27</sup> Este paréntesis se extendió finalmente hasta 1998, fecha en que concluí el trabajo, publicado dos años después (Vitar, 2000a).

El estudio de la inmigración sirio-libanesa me abrió otras puertas: en 2000 fui invitada a la Universidad del Zulia (Maracaibo) a dictar un seminario en la Maestría de Antropología, incorporando así nuevos espacios a un recorrido vital y académico que iba creciendo en experiencias transculturales. Al mismo tiempo, re-visité mis viejas fronteras chaqueñas por diversas razones, como la participación en congresos y dictado de cursos de postgrado en universidades argentinas.

En los años siguientes, mi quehacer investigador se repartió entre las masonas y revolucionarias filipinas<sup>28</sup> (con vistas a buscar financiación para proseguir su estudio) y las indígenas del Chaco, a propósito de la incorporación a un grupo de investigación de la Universidad Autónoma de Madrid. En el marco del proyecto de este equipo, sobre mujeres y ciudadanía en Argentina, elegí estudiar en profundidad un sector de la sociedad indígena, el de esas *viejas* (como se nombran en las crónicas) que fueron el blanco del desprecio de los jesuitas, temerosos de su ascendiente y poder dentro de las comunidades chaqueñas; bajo un esquema patriarcal, las prácticas misioneras catapultaron a las mujeres indígenas a un rol subalterno, germen de su exclusión en los tiempos post-coloniales. El trabajo investigador a varias bandas comprendió también a las mujeres sirias y libanesas en Tucumán y su trayectoria migratoria e identitaria, cuestiones que fueron el objeto de mi estancia como *Visiting Professor* en Boston (Northeastern University), en los últimos meses de 2002. Este viaje estuvo precedido, merced a la obtención de una beca del antiguo Programa Intercampus, por una estancia en São Leopoldo (Porto Alegre, agosto 2002), una grata experiencia que me permitió divulgar, entre otros, mis trabajos sobre inmigración e historia oral con colegas de UNISINOS.

La corta estancia bostoniana significó un revulsivo personal, que me condujo a nuevas reflexiones (en parte propiciadas por un alejamiento no sólo espacial sino también emocional) sobre los vericuetos de mi recorrido académico y la necesidad de apuntar firmemente hacia esa tan escurridiza estabilidad laboral. En medio de tales cavilaciones, me llegó a Boston la propuesta de un contrato en la Fundación Carolina, para emprender un trabajo de investigación bibliográfica y volcarlo en un Boletín informativo de su página web. A pocos meses de iniciar este contrato (que duró desde enero de 2003, al retornar a España, hasta octubre de 2004), sonaron las campanas desde un templo académico que había visitado hacía ya muchos años, para presentar un proyecto de conservación del patrimonio documental ante la Comunidad Europea. Sin lugar a dudas, el futuro es impredecible.

## Travesías inéditas y desafíos

Aquella oferta laboral (julio 2003) había partido, en concreto, de la Escuela de Ingenieros de Minas de Madrid (Universidad Politécnica de Madrid), cuya Biblioteca Histórica contiene un tesoro documental de incalculable valor para la historia española, no sólo en los aspectos mineros. Firmé un primer contrato con la Universidad Politécnica con el fin de escribir la biografía de un ingeniero de minas (1853-1934) que había legado a aquella Escuela un importante archivo personal. Como sucedió en ocasión del “llamamiento” filipino, no dejé de acusar el impacto de otro reto que, si bien no mediaba un traslado geográfico, implicaba un giro temático notable; sólo me había ocupado de la minería en el ámbito americano, al tratar en mi tesis de la economía del Tucumán en el siglo XVIII y su estrecha dependencia de Potosí (Alto Perú), el gran productor de plata en los tiempos coloniales. A esas alturas, me había acostumbrado a trazar paralelismos entre mis circunstancias personales y los destinos temático-profesionales, de modo que ante la nueva coyuntura pensé que, llevando ya cerca de veintitrés años viviendo en España, llegaba el momento de incursionar por las entrañas mismas de la tierra, tomando el sendero que se me había puesto por delante. A aquella primera biografía le siguió una historia de la seguridad minera en España (1905-2005), asunto que adquirió mayor complejidad a partir de la transición política, debido a una mayor atención a los problemas de orden laboral dentro del nuevo marco institucional surgido de la Constitución de 1978. Mi labor investigadora discurrió entonces entre la maraña legislativa y las “emanaciones” del gas grisú, que llegó a provocar estragos entre los mineros españoles.

La riqueza del fondo histórico de la Escuela de Ingenieros de Madrid continuó planteándome nuevos desafíos: en 2005 (ya concluido el estudio de la seguridad minera), comencé a trabajar con el voluminoso legado documental de otro destacado ingeniero de minas, Lorenzo Gómez Pardo (1801-1847), cuya biografía publiqué hace dos años (Vitar, 2007a). Para ello, debí transportarme al siglo XIX español, arrancando de la traumática guerra de independencia contra las fuerzas napoleónicas. Entre los papeles de aquel ingeniero, en una sorpresa tras otra, encontré (nada más comenzar la exploración documental) unos cuadernos de viajes de su autoría, cuya relevancia me animó a sugerir su transcripción y edición, propuesta que acabó cuajando en otro libro (Vitar, 2009). Su preparación me llevó a un *tour* minero-metálgico por Europa central y Francia y al fascinante mundo de la narrativa de viajes, donde me topé con cuestiones que no me eran ajenas,

<sup>28</sup> En torno al nacionalismo filipino y a la participación revolucionaria de las mujeres publiqué varios artículos. Cito uno de ellos en la bibliografía, a título ilustrativo (Vitar, 2006).

como la identidad y el discurso sobre la alteridad. La faceta de científico viajero fue un rasgo que me sedujó del personaje (Lorenzo Gómez Pardo), un activo militante anti-absolutista en los años del Trienio Liberal que, tras el retorno de Fernando VII y concluido el sueño constitucional, partió a Francia para una estancia de estudios de dos años y luego a Alemania por otros cuatro, durante los cuales realizó sus viajes. Estos desplazamientos, sin duda provechosos para un científico que perfeccionó sus conocimientos en los países más avanzados en la minero-metalurgia, no fueron ajenos a su militancia liberal y a la inseguridad provocada por la represión desatada en el reinado fernandino, que afectó también al mundo de las ciencias. Contemporáneo a Gómez Pardo, el lúcido Mariano J. de Larra (1809-1837), que había vivido largos años en París, apuntaba que: “[...] por poco liberal que uno sea, o está uno en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra; el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo [...]. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias; ellos esperan siempre a pie firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa” (Larra, 1986 [1835], p. 434). Está claro que estas circunstancias, que fueron las que vivió el personaje del que me ocupé desde hace unos años, reforzaban esa “afinidad” necesaria para con el objeto de estudio, ya experimentada al escribir su biografía. En sus años de viajes, acompañé a Gómez Pardo en su paso por aduanas y controles de pasaporte, en las sucesivas llegadas y partidas con sus bienvenidas y adioses, en el acogimiento cálido y en la hostilidad de algunas paradas, al tiempo que engrosaba su equipaje científico. Un periplo del que no había salido “indemne”, como ocurre al traspasar las barreras de la propia cultura y emprender un largo viaje, ¿es preciso añadir algo más, en relación con mi condición “migrante”?

Como antes señalara, el archivo Gómez Pardo es inagotable. Actualmente está en proceso de edición una parte de su correspondencia epistolar, que comencé a trabajar en enero de 2008. Como afirma Chartier (1991, p. 451), el hallazgo de cartas que estuvieron ocultas mucho tiempo es algo emocionante: fue lo que sentí al descubrir esas misivas que desafiaron el paso del tiempo, volviéndose en ese instante “el presente del pasado” (Chartier, 2005). Fuera del impresionante caudal informativo de este material para el estudio de una época a través de la mirada de dos científicos del siglo XIX, este proyecto me puso en la tesitura de abordar el género epistolar desde diferentes ángulos disciplinarios, para “pertecharme” de un marco teórico y analizar, entre otros aspectos, el sentido y las motivaciones presentes en la escritura de cartas. Hoy los

correos electrónicos aceleran la comunicación entre un punto y otro del planeta, pero han empobrecido el lenguaje del intercambio verbal entre los correspondientes, echando por tierra, además, esas entrañables y tangibles cartas manuscritas. Es así que aún las mecanografiadas, juzgadas como “frías” y distantes antes de la era virtual, gozan ya del halo nostálgico que rodea a lo irremediablemente perdido.

La apertura de la fase de “explotación minera” en mi trayectoria no significó la relajación de vínculos con el americanismo, una querencia temática a la que permanecí fiel. Sin dejar en la retaguardia a mis fronteras chaqueñas, proseguí el estudio de las mujeres entre los grupos étnicos de esa región, centrándome en la construcción social de la “diferencia de género”, materializada en el discurso y prácticas de los misioneros jesuitas encargados de su evangelización en el siglo XVIII (Vitar, 2004). También fui alimentando la “vertiente” migratoria con nuevas aportaciones – difundidas también en los habituales seminarios de Cádiz – sobre los sirios y libaneses, en lo relativo a procesos identitarios generacionales según el credo religioso, en el caso de Tucumán (Vitar, 2007b), a las prácticas etno-culturales en Venezuela y Colombia (Vitar, 2008a) y a los “sueños” y “travesías” de los migrantes árabes que perviven en la memoria de sus descendientes (Vitar, 2008b). Por último, debo señalar una contribución relacionada con Lavapiés, barrio de Madrid en el que viví hasta trasladarme a Sevilla el pasado año; en ese espacio multicultural y dinámico (con un pasado de convivencia plural desde la conquista cristiana, al ser albergue de árabes y judíos rechazados a lo que entonces era la periferia urbana) y reducido a unas pocas calles, se definen múltiples fronteras como resultado de las variadas formas de apropiación por parte de los diferentes grupos o fuerzas sociales que operan en él, imprimiendo cada cual su sello (Vitar, 2007c). El Lavapiés que había motivado mis primeras reflexiones en los años 1990, se había convertido en una auténtica Babel, ya que con el tiempo a la población marroquí y ecuatoriana se fueron agregando filipinos, dominicanos, colombianos, pakistaníes, chinos y muchos otros grupos, además de grupos locales como los “progres”<sup>29</sup> y bohemios, que acudieron entusiasmados a instalarse en un barrio “multicolor”, como rezan los clichés publicitarios.

Hasta aquí podría decir, como el protagonista de *Todos los nombres* de José Saramago (1998, p. 47) que, “en rigor, no tomamos decisiones, son las decisiones las que nos toman a nosotros”. Quizá ya “tomada” por tan disímiles caminos durante tanto tiempo, salí a buscar viejas sendas

<sup>29</sup> Modo coloquial de referirse a personas progresistas o de estilos de vida calificados como “alternativos”, con una mentalidad abierta y dispuesta a convivir “pacíficamente” en la diferencia, aunque ello no supone el derribo de fronteras.

perdidas; en marzo de 2008, tal vez por recuperar un territorio que transitó por vocación antes de dejar Argentina – la enseñanza superior – y un poco por espíritu itinerante, me presenté a un concurso docente en el Departamento de Historia de América de la Universidad de Sevilla. Es por ello que, *después de vivir un siglo*<sup>30</sup>, regresé a orillas del Guadalquivir y a una ciudad en la que inicié mi andadura en España. Hasta hace poco, el ritmo vertiginoso de mudanzas y nuevas ocupaciones, no había dejado resquicios para la añoranza de Madrid, donde viví tanto tiempo. Decía Mario Benedetti, a propósito de transmigraciones y exilios, que somos “una suma de nostalgias”<sup>31</sup>, dándole así nombre al sentir de quienes vivimos experiencias similares. Se apagó su voz pero nos queda su palabra para siempre: es parte de la “artillería” poética con que nos fuimos armando desde aquellos años 1970, cuando en muchos países de América Latina se alzó el canto a la libertad.

## A modo de conclusión

En la actualidad y dentro del ejercicio docente (desde octubre de 2008 hasta hoy), mi experiencia personal y, sobre todo, la “transtemática” en lo académico-profesional, se cuela inexorablemente en la labor cotidiana. ¿Es acaso posible soslayar las múltiples confluencias de la narrativa de los viajeros del siglo XIX español y la de los europeos que recorrieron las nacientes repúblicas hispanoamericanas? Salvando las distancias, es posible determinar lugares comunes como, por ejemplo, los discursos sobre la alteridad. Los sentimientos que movían a los españoles americanos a escribir cartas de “reclamo” a sus parientes, para obtener la licencia de embarque y pasar a las Indias dejando atrás sus aldeas miserables, ¿no son idénticos a los que hoy impulsan a los latinoamericanos emigrados a la “madre patria” a buscar luego la reagrupación familiar? Aquellas epístolas cursadas desde las tierras conquistadas por España y las misivas intercambiadas entre dos científicos españoles en el siglo XIX, ¿acaso no esconden las mismas estrategias discursivas? ¿No constituyen igualmente diálogos “postergados”? Y así, la lista puede ser interminable. Por lo demás, es imposible crecer científicamente sin una práctica interdisciplinaria, y tanto la historia como la literatura latinoamericana nos invitan al unísono a hacer un viaje al pasado: ¿no es legítimo, también, analizar a través de *El siglo de las Luces*, de Carpentier “lo irreversible e irrepetible” de las revoluciones (Fuentes, 1986, p. XVII)?

Las circunstancias de mi trabajo docente me han llevado a otras cavilaciones, en lo que incumbe a las funciones de la educación. En esencia, las de promover el conocimiento en aras de mejorar la sociedad<sup>32</sup> y de constituirse en vehículo integrador frente al fenómeno de la “movilidad sobremoderna” (Augé, 2007), recordándonos una vez más que en ese *ser andando* se conforman las identidades individuales y colectivas. En virtud de los planes de movilidad e intercambio de universitarios dentro del espacio comunitario, cuento en mis clases con alumnos procedentes de distintos países europeos, a los que se suma la presencia de latinoamericanos. La “hospitalidad” de la educación es un gesto que nos comprende a profesores, a los estudiantes de “aquí”, a quienes tal vez otros mundos aguardan, y a los alumnos de paso, que retornarán a sus hogares, dispuestos quizá a nuevas travesías.

En estas páginas, que no pretenden ser una narración acabada, he trazado a grandes rasgos un itinerario no lineal, hecho de migraciones en sentido real y simbólico que funden pluralidad de huellas, acontecimientos, voces, negociaciones... En ese recorrido fui tejiendo un entredós, una trama formada por las vivencias y querencias construidas entre las dos orillas, a las que pertenezco de modo irreversible con sus luces y sus sombras. Con la migración se dejan cosas, se ganan otras... Andando el camino, se re-elaboran esas sumas y restas que no se traducen en una operación exacta sino en un enriquecimiento personal y en raíces repartidas entre aquí y allá, con sus “ramificaciones” a uno y otro lado. Mi trayectoria personal y académica es, en suma, una historia de elecciones y de decisiones que me han “tomado por asalto”. En ese elegir y ser elegido, decía Borges, la historia es un libro que escribimos y que al mismo tiempo nos está escribiendo.

## Referencias

- ALBERDI, J.B. 1949 [1852]. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, Estrada, XXVII, 373 p. (Colección Clásicos Argentinos, 5.)
- ANDERSON, B. 2006. *Imagined communities, reflections on the origin and spread of nationalism*. London, Verso Books, 240 p.
- AUGÉ, M. 2007. *Por una antropología de la movilidad*. Barcelona, Gedisa, 93 p.
- BESTENE, J. 1997. Dos imágenes del inmigrante árabe: Juan A. Alsina y Santiago M. Peralta. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 36(agosto):281-301.
- BRAUDEL, F. 1980. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 222 p.

<sup>30</sup> Letras de la canción de Violeta Parra, “Volver a los diecisiete”.

<sup>31</sup> Esta referencia a Benedetti estaba incluida antes de conocer su fallecimiento, producido cuando daba los últimos toques a este artículo.

<sup>32</sup> Durkheim decía que “del hecho de que nos propongamos ante todo estudiar la sociedad, no se sigue que renunciamos a mejorarlala” (in Ípola, 2006, p. 89-90).

- CHARTIER, R. 1991. Entre public et privé: la correspondance, une écriture ordinaire. In: R. CHARTIER (dir.), *La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle*. París, Fayard, p. 451-458.
- CHARTIER, R. 2005. *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México, Universidad Iberoamericana – Departamento de Historia, 225 p.
- FUENTES, C. 1986. Alejo Carpentier [Prólogo]. In: A. CARPENTIER, *El Siglo de las Luces*. Santiago de Chile, Biblioteca Ayacucho, 259 p.
- GASQUET, A. 2006. Bajo el cielo protector. Hacia una sociología de la literatura de viajes. In: M. LUCENA GIRALDO; J. PIMENTEL (eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, p. 31-66.
- HERNÁNDEZ, M. 1977. *Antología*. Buenos Aires, Editorial Losada, 207 p.
- ÍPOLA, E. de. 2006. El legado y la promesa. Sobre algunas disonancias entre la educación y la política en las sociedades modernas. In: A. VITAR (coord.), *Políticas de educación. Razones de una pasión*. Buenos Aires, OEI - Miño y Dávila Editores, p. 89-141.
- KAVAFIS, K. 1985. *Poesías completas*. Madrid, Hiparión, 235 p.
- KIVISTO, P.; BLANCK, D. 1990. *American Immigrants and their generations. Studies and commentaries on the Hnasen thesis after fifty years*. Urbana, University of Illinois Press, 222 p.
- LARRA, M.J. de. 1986 [1835]. *Artículos varios*. Madrid, Clásicos Castalia, 581 p.
- NERUDA, P. 1994. *Confieso que he vivido*. Barcelona, Plaza & Janés, 489 p.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. 1994. *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, XXI Edición, Tomo 1.
- SAIGNES, T. 1992. Pierre Chaunu, l'Amérique et nous: essai d'égo-histoire. *Cahiers des Amériques Latines*, 13:7-20.
- SANZ FERNÁNDEZ, J. (coord.). 1998. *Historia de los ferrocarriles de Iberoamérica (1837-1995)*. Madrid, Fundación de los Ferrocarriles Españoles, 456 p.
- SARAMAGO, J. 1998. *Todos los nombres*. Madrid, Alfaguara, 323 p.
- VITAR, B.; PINO DÍAZ, F. del. 1995. Pierre Chaunu, América y nosotros: ensayo de ego-historia. In: F. del PINO DÍAZ; C. LÁZARO (coords.), *Visión de los Otros y visión de sí mismos*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, p. 21-37.
- VITAR, B. 1997. *Guerra y misiones en la frontera chaqueña del Tucumán (1700-1767)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 372 p.
- VITAR, B. 1998-1999. Inmigrantes sirios y libaneses en Tucumán. El “reclamo” de la etnicidad. *Trocadero. Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, 10-11:287-308.
- VITAR, B. 2000a. El impacto de la expulsión de los jesuitas en la dinámica fronteriza del Tucumán. In: J. ANDRÉS-GALLEGOS (coord.), *Nuevas Aportaciones a la Historia Jurídica de Iberoamérica*. Madrid, Fundación Histórica Tavera, p. 1-18. (Colección Proyectos Históricos Tavera, I).
- VITAR, B. 2000b. Por la vereda rota del desarraigo. In: M.D. PÉREZ MURILLO (coord.), *Oralidad e historias de vida de la emigración andaluza hacia América Latina (Brasil y Argentina) en el siglo XX*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, p. 205-207.
- VITAR, B. 2001. El mundo mágico en el Madrid de los Austrias a través de las cartas, avisos y relaciones de sucesos. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LVI(I):97-128.
- VITAR, B. 2002-2003. Testimonios orales de los descendientes de sirio-libaneses en San Miguel de Tucumán (Argentina). La identificación étnica. *Trocadero. Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, 14-15:171-187.
- VITAR, B. 2004. Mujeres, jesuitas y poder. El caso de las reducciones de las fronteras del Chaco (siglo XVIII). *Memoria Americana. Revista de Etnohistoria de la Universidad de Buenos Aires*, 12:39-70.
- VITAR, B. 2006. Mujeres, Masonería y Revolución en Filipinas (1896-1897). *Trocadero. Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, 18:177-187.
- VITAR, B. 2007a. *La pasión científica de un liberal romántico. Lorenzo Gómez-Pardo y Ensenyat (1801-1847)*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 344 p.
- VITAR, B. 2007b. Inmigración, etnicidad y experiencias generacionales: el caso de los Sirios y Libaneses en Tucumán (Argentina). In: D. FAGUNDES JARDIM; M.A. MACHADO DE OLIVEIRA (orgs.), *Os Árabes e suas Américas*. Campo Grande, Editora UFMS, p. 99-144.
- VITAR, B. 2007c. Barrio, fronteras étnico-culturales y experiencias identitarias. El barrio de Lavapiés (Madrid) In: RAM REUNIÃO DE ANTROPOLOGIA DO MERCOSUL, VII, Porto Alegre, 2007. Actas... Porto Alegre. CD-ROM.
- VITAR, B. 2008a. Sirios y libaneses en Venezuela y Colombia. Historias de vida. In: F. NAVARRO ANTOLÍN (ed.), *Orbis Incognitus. Avisos y Legajos del Nuevo Mundo. Homenaje al Profesor L. Navarro García*. Huelva, Universidad de Huelva, p. 597-604.
- VITAR, B. 2008b. Sueños y travesías. Memorias de la migración árabe en América Latina. *Ubi Sunt? Revista de Historia*, 23:68-80.
- VITAR, B. 2009. *Lorenzo Gómez-Pardo y Ensenyat. Viajes de un ingeniero español por Centroeuropa y Francia*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 337 p.

Submetido em: 20/05/2009

ACEITO EM: 05/06/2009

Beatriz Vitar

Universidad de Sevilla

Facultad de Geografía e Historia, Depto. Historia de América

c/ Dª María de Padilla, s/n

41004, Sevilla, España

123